

Antonio Costa Gómez

BALADA DEL CENTAURO EN COMPOSTELA



ÍNDICE

Guillermo de Aquitania en Compostela	11
Errantes dioses en Compostela	16
La saudade en Compostela	20
Cita con Sábado en Compostela	22
Ramiro Fonte y la Plaza de la Quintana	24
Prefería el Pórtico sin estridencia	28
Alejandra Pizarnik en Compostela	33
Cabalgar de Carrión a Compostela	36
La Tabla Redonda en Compostela	39
Compostela desaparecida (según Torrente)	43
El Pórtico estaba más sugerente	46
El bosque de la noche en Compostela	50
Dante en Compostela	53
Galicia de noche sobre un caballo	56
Piñeiro y Frost en Compostela	59
Una fiesta en Compostela en el siglo XII	62
Las Tres Marías de Compostela	66
El mayo francés en Compostela	68
Armenia y Compostela	70
Visiones en Compostela	73
Callejones de Compostela	76
Isaías desmelenado en el Pórtico de la Gloria ..	79
Ángeles y muertos en Compostela	81
Los amantes de Compostela	83

Personajes en Compostela	85
Oroza en Compostela	88
Compostela y Finisterre	91
Un visionario ruso en Compostela	95
Negra sombra en Compostela	98
Una monja compostelana y un algoritmo	102
Lino Silva en Compostela	104
Corcón en Compostela	108
Compostela y Masachussets	110
La druidesa en Compostela	114
El espejo empañado en el Paradiso	118
El monje en la Plaza de la Quintana	122
El río Sar	124
Monstruos verdes en Compostela	127
Balada del centauro en Compostela	131

GUILLERMO DE AQUITANIA EN COMPOSTELA

Guillermo de Aquitania, el trovador más antiguo que se conoce, escribió que compuso un poema dormido sobre un caballo, que no hablaba de sí ni de otra persona, que no estaba alegre ni estaba triste, ni era de aquí ni era de allá. Sería un poema sobre nada, es decir, sobre todo, en total libertad, con la libertad de los sueños, liberado de los conceptos y de las definiciones.

A veces imagino que soy Guillermo de Aquitania y avanzo por Compostela dormido sobre un caballo, y veo Compostela de esa forma, dormido pero con el corazón en vela, más lúcido que nunca, mirando la ciudad con lo más hondo y lo más libre de mí. Y escribo así sobre la ciudad que no es esto ni lo contrario, que no es de esta forma ni de la otra, ni está encerrada en conceptos, es solo Compostela en la noche, mirada con lo más escondido de mí.

Y dormido a caballo recorro las calles y las plazas. Paso por la plaza del Toral orillando la fuente y miro la estatua de Anteo sujetando el mundo, y cabalgo por los soportales de la rúa del Villar, y veo la estatua de María Salomé, y me fijo en una casa en una calle arrinconada en unas sirenas que se arrastran por Compostela. Y voy por la Calderería y llego a la estatua de Alfonso II el fundador de la ciudad en minifalda y paso por delante de la facultad de Historia, donde pasé tantas horas. Después de acabar Filología estudié Historia y me licencié en Historia del Arte y miré en horas inmensas los

tomos del *Summa Artis* en la biblioteca de estanterías con rejas y cristales.

Y subo por la plaza de la Soledad y paso por delante del monasterio de las clarisas con sus cubos y sus placas frotantes. Y me meto por Escultor Asorey y desde lo alto miro la ciudad alucinada, y distingo la catedral como una enorme mariposa de alas desplegadas o como un vampiro infernal y fascinante. Como hacía en los atardeceres cuando viví en esa parte de la ciudad y me ponía a mirar esa catedral por mis ventanas onírica y alucinógena. Y voy hacia la calle del Hombre Santo o bajo por la avenida de Lugo hasta llegar a las proximidades de la estación de tren de mil viajes ahora que Renfe quiere eliminar todos los trenes y todas sus experiencias y construye estaciones desoladas en mitad de la nada. Cabalgo por la parte nueva, miro los lugares donde estaban los modernos pubs donde pasé muchas noches solitarias envuelto en ruidos y en músicas. Acabo en la Plaza Roja con la fuente enorme y miro detrás los pabellones con vegetaciones cayendo. Subo hacia la librería Follas Novas y desde el caballo me pongo a mirar infinidad de títulos en sus grandes escaparates como soportales. Miro las vidrieras del café Lembranza donde me convertí en un ser mítico lleno de nostalgias y de reminiscencias.

Cabalgo por la rúa del Villar mirando las sombras de los soportales y llego a la fuente de los caballos y mi caballo también se encabrita un poco y recuerdo cuando los miraba desde los soportales del banco de España y me inspiraba en ellos para animarme y llenarme de vida resistente. O cuando imaginé que un centauro descontrolado trotaba por la rúa con todas sus energías deslumbrantes al viento y entraba en

las tabernas y pifaba en el pub Johan Auras. Subo a caballo los escalones de la plaza de Platerías, donde inventé un día encuentros de enamorados misteriosos. Y miro las estatuas de la fachada de las Platerías, la mujer adúltera que es pecado pero también es la vitalidad contra el puritanismo. Miro al rey David con las piernas cruzadas tocando el arpa con su barba exquisita que convierte la vida en una animación deliciosa. Me imagino que está tocando una especie de jazz para animar al rey Saúl y a todos nosotros. Me encantan las esculturas de la fachada de las Platerías, con su visionario románico, con sus figuras frontales y pasmadas que se asombran ante el mundo visionario.

Entro en la plaza de la Quintana y miro los racimos de la Casa de la Parra. Y escucho lo que dicen amigos lentos en la terraza del café Literarios y veo cómo se van por una esquina unos escalones hacia los secretos de Compostela. Cabalgo por la calle serpenteante detrás del convento de Antealtares y voy viendo pubs como el Paraíso Perdido o el Metate donde luché contra el tiempo en tantas horas. Entro a caballo en el Modus Vivendi, y bajo por los escalones de esa antigua caballeriza, y llego al recinto donde está el abrevadero y hago abrevar a mi caballo mientras Lalo el de Plas nos trae licor café casero.

Subo a caballo por el Preguntoiro, entro en los mostradores del Mercado lleno de carnes invitadoras, bajo unos escalones y me voy por la calle Virgen de la Cerca, entro un momento en el pub Momo que parece una calle. Llego a la puerta del Camino, recuerdo una pulpería que estaba cerca de allí, y subo por la calle san Pedro de adoquines mojados llenos de reminiscencias. Tuerzo y me meto por el callejón de

las Chufas, donde viví cuatro años y me dormía con Bukovski y una botella de vino, y ponía a toda pastilla por las ventanas “Noches de blanco satén”.

Me voy por la calle de Belvís hacia el convento de Belvís con esa bella vista. Regreso y sigo por Virgen de la Cerca y cabalgo hacia abajo por la calle del Sar y llego a la iglesia de columnas torcidas como un vértigo, que según los estudiosos se pusieron así a causa del terreno poco firme, pero según mi intuición se pusieron así a propósito para sugerir los vértigos de la vida. Dejo mi caballo en la puerta y me tomo un café abundante y tan denso en una de las cafeterías donde a veces desayunaba con el periódico. Subo otra vez y entro en el restaurante Castrón de Ouro, donde me ponían un menú abundante y una muchacha me enseñaba fotos de Cuba y me incitaba a viajar.

Paso al lado del antiguo café Derby donde me espera aún la sombra de Valle Inclán y subo por la calle Huérfanas. Llego a la plaza de Cervantes y miro la fuente donde quemaban a las brujas, y pienso en ellas como en seres vitales e independientes que atormentaban los puritanos enemigos de la vida, como seres imaginativos y libres frustrados por las mentes cuadrículadas. Bajo a caballo por la calle Azabachería y paso por el túnel del Obispado, y los cascotes de mi caballo resuenan en reverberaciones repetidas, como un día sonaban las palmadas, igual que resuena todo lo auténtico y secreto. Ese resonar lo cuenta Álvaro Cunqueiro en *Flores del año mil y pico de ave*, y me lo descubrió David Pérez Iglesias cuando me visitaba en mi buhardilla con paredes llenas de hongos donde en invierno me llovía en la cara y yo leía a Thomas Merton y San Juan de la Cruz.

Me detengo en la plaza de las Ánimas y recuerdo cuando conocí a Elvira y ella con su novio cantante de ópera me invitaban los domingos al menú del restaurante Manolo tan aparente y tan asequible (para ellos). Me voy por el callejón y paso delante de la Cocina Económica donde comí durante años, había una monja que se parecía mucho a Torrente Ballester, y en Navidad nos ponían unas galletas y una copita de licor café. Entro en las Casas Reales, sus balcones espléndidos ahora pertenecen a bancos. Me quedo mirando el friso de las ánimas en la Iglesia de las Ánimas un poco abstracta. Pero yo concreto ese arder de las almas en algún rincón de la vida, y recuerdo lo increíblemente extraña que me parecía la vida a veces cuando caminaba solo por Compostela. Recuerdo aquellas tardes infinitas en la Biblioteca Pública, donde durante semanas leí la *Vida de San Bernardo* de mil páginas y me sumergí en la mística y en la Edad Media.

Tuerzo por la Algalia en el barrio judío donde viví unos años y me meto por la calle Jerusalén. Y acabo en la calle de las Campanas de san Juan cerca de la fachada de san Martín Pinario, una vez me perdí en sus claustros y sus pasillos, como los amantes de *El gatopardo* se perdían en los salones olvidados del palacio de Donnafugata, pero un poco más solitario. Y recordé cuando iba al restaurante Cuatro Vientos de suelo de tierra como una tasca de aldea y pedía medias raciones de verdura con huevos o raciones esperanzadoras de cocido. Al final mi caballo se calla y yo escucho en un hilo el caer del agua en la fuente secreta de las Campanas de San Juan y todos los hilos secretos del mundo.

ERRANTES DIOSES EN COMPOSTELA

Estaba amaneciendo, le dije al camarero que abriese otra botella de vino y me puse a hablar disparadamente. Le hablé de mis días en Santiago de Compostela pensando en Sábado. Vivi casi veinte años en Santiago, después de vivir en aquel cuartucho con cartones me fui un año y pico a Lugo, después volví a Santiago, después volví otro año a Lugo donde me casé (la noche anterior había roto con Carmen y estuve dando vueltas por Lugo, a la mañana siguiente le pregunté si nos casábamos y dijimos que sí) y a Coruña, luego volví otra vez a Santiago. Desde Coruña me fui en Semana Santa a Malpica en la Costa de la Muerte y estuve escribiendo el libro *Errantes dioses*, una novela ambiciosa en cinco partes donde quería encontrar el absoluto, decirlo todo y expresarlo todo. Por las noches escribía con pasión mientras escuchaba las olas en mi cuarto del hotel y hablaba de personajes que sienten una nostalgia rabiosa de no saben qué (yo mismo la sentía tantas veces, era una nostalgia insoportable que me apretaba el estómago y me rompía la mirada, tenía nostalgia de lo vivido y lo no vivido, de lo que veía y de lo que no veía, del presente y del pasado, de la realidad y de la irrealidad) y esos personajes pretenden como Jacob pelear con el ángel hasta que diga su nombre, para mí Santiago era el lugar de esa pelea metafísica porque Santiago viene de Yago, es decir, Jacob el que vio una escalera

hacia el cielo y peleó toda una noche con el ángel, Santiago en el mito era el lugar de la lucha metafísica y el buscar quienes somos, y del regreso a unos orígenes de plenitud, por eso seguramente desde hace milenios seres nostálgicos de todas partes venían soñando a este lugar, y ahora vuelven hacerlo sin ni ellos saberlo del todo por motivos deportivos, religiosos o culturales. Esa novela era el antiguo proyecto que yo le conté a Sábato a finales de los setenta cuando me dijo: «cuánto me recuerdas mi juventud, escribí tu gran poema teológico metafísico». El proyecto descomunal, después de intentarlo de mil maneras, quedó roto en pedazos y solo sobrevivió la novela sobre el Maestro Mateo, el escultor que hizo el Pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago, pero la gente no comprendió nada, quería cotilleos históricos en esta moda superficial de la novela histórica, y yo hice una búsqueda furiosamente literaria de absoluto como Sábato, el Maestro Mateo para mi quería romper todas las barreras de la percepción y mostrar en un imaginado fin del mundo la reunión de todo lo que somos después de todas las alquimias espirituales y todas las liberaciones, el Maestro Mateo se propuso en el cruce del románico con el gótico sintetizar las búsquedas espirituales de todo el arte europeo y mostrar una visión de entusiasmo y de fuerza vital imparable, de vitalidad loca y de esperanza desatada contra todas las sujeciones, un Cristo nos llamaba a todos a una apoteosis final de figuras que se salen del marco y hablan desde todas las posturas y combinan la eternidad con el tiempo. No se saben más que dos o tres datos sobre el Maestro Mateo pero yo me inventé toda su vida desde su infancia, eso sí, tratando de ser verosímil, como una búsqueda metafísica de liberación

y de plenitud, transfigurando las caras de los campesinos gallegos en figuras rutilantes que han pasado por todas las pruebas profundas. Pero la gente no se enteró de nada porque la gente está embutida en modas, en mezquindades, en lo que dice la industria cultural dominante y los titulares de los periódicos, en la superficialidad trivial y perezosa de todos los días, y por eso le asustan autores como Sábato, o como el que quise ser yo. Yo también quise poner unos héroes melancólicos de la reminiscencia y de la vitalidad, que rompieran los límites de nuestras normas cotidianas y nuestras aceptaciones, que se preguntaran todo con toda la fuerza y lo sintieran todo en algunos instantes. Para Sábato era la ceguera reveladora y para mí era la nostalgia reveladora, algo así como la reminiscencia de Platón que nos hace añorar un mundo fuera de la caverna, pero que no tiene por qué ser un mundo de abstracciones matemáticas, como dice Sábato, sino que puede ser un mundo más alto y más sutil como en el *Fedón* o como en las fantasías sobre ángeles, un mundo igual de palpitante y carnal pero más visionario y sin las limitaciones pobres de la caverna. Y con mi nostalgia omnipresente (que no era una palabra ni una abstracción, que yo sentía desde niño en los huesos, en la mirada, y me perseguía como una obsesión de la que no podía escapar, y volvía una y otra vez, y me hacía añorar todas las fiestas que veía al pasar en los pueblos, y todos los rostros en los que no me demoraba, y todo lo que podría hacer aquí o allá, y todos los sueños nocturnos que me rebasaban, o esa cascada que soñé varias veces y que no alcanzaba nunca escuchar del todo y que me producía una consternación de nostalgia) tal vez era para mí la saudade gallega, y Consuelo también la

sentía a veces cuando se quedaba triste sin saber por qué, y la sentían las mujeres celtas cuando los curas las regañaban por desear una vitalidad extraña en *El país de nuestros anhelos* de Yeats, que para ellos es pecado, esa saudade que expresaron los gallegos en poemas y en historias y especialmente Rosalía de Castro en sus poemas.